



EL P. CLARET

Por AUGUSTO A. ORTEGA, C. M. F.

FUNDADOR DE MISIONES.—El 16 de julio de 1849, funda en Vich la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Quería dar continuidad a su obra apostólica. Quería dejar herederos y apóstoles de su entrañable devoción al Corazón de la Madre de Dios. De esta devoción que él había sabido aliar tan admirablemente con la del Santo Rosario. Las revelaciones de Fátima han venido después a ser confirmación plena del anticipado mensaje del gran misionero español. Hoy esta Congregación—con dieciocho provincias religiosas—se extiende por todo el mundo. Es el Instituto que tiene más españoles esparcidos por el extranjero en las Misiones—Africa, Asia, Oceanía y, sobre todo, América—. Está extendida, además, por casi todas las naciones de Europa.

ARZOBISPO EN CUBA.—El Beato Antonio M.^a Claret es rigurosamente un santo hispanoamericano. Pertenece a España, pero también a América. ¡Con qué ilusión cultivó esa «viña joven», como gustaba de llamarla él! Por espacio de siete años fué Arzobispo de Santiago de Cuba. Era también metropolitano de Puerto Rico.

La caridad del Arzobispo era inmensa y se desbordaba con los pobres. El fué quien introdujo en Cuba las Cajas de Ahorro, a las cuales ayudó pródigamente; quien fundó una gran Casa de Beneficencia, donde se enseñaban a los niños recogidos oficios diversos; en ella se instaló una Granja Modelo, para el vario cultivo de la agricultura. Con este fin benéficosocial redactó dos obras: *Reflexiones sobre la Agricultura y Delicias del Campo*.

CONFESOR DE ISABEL II.—El año 1857, Isabel II le elige para su confesor. Fué decidido empeño de la pobre Reina, hastiada de tantas intrigas, decepcionada por continuas deslealtades. Había menester alguien en quien pudiera confiar y de quien tomara consejo sincero. Nadie mejor que un santo. Ella sabía que lo era el P. Claret. Lo sabían también los políticos. Pero a ellos no les convenía. El Gobierno en pleno se opuso a esta elección. Sin fruto alguno, porque era irrevocable la decisión de Isabel. El P. Claret ejerció su cargo con celo y discreción inigualables. Supo hablar a la Reina con cristiana libertad. No se metió en política, pero le hizo ver siempre a lo que su conciencia la obligaba. Floreció entonces la Corte española en piedad y en honestas costumbres. Cuando Isabel II—contra su voluntad—reconoció el Reino de Italia, el Padre Claret se apartó de su lado. Volvió de nuevo, por mandato de S. S. Pío IX, y en la hora aciaga del destronamiento, cuando la revolución del 68, fué casi el único que acompañó al destierro a la «Reina de los tristes destinos». El bien que el P. Claret hizo desde este cargo es incalculable, sobre todo para la buena marcha de la Iglesia española.

PRESIDENTE DE EL ESCORIAL.—Mientras ejercía su cargo de confesor real, el Padre Claret desplegaba en Madrid y en toda España—aprovechando los viajes de los Reyes—una actividad apostólica verdaderamente asombrosa. Pero aquel hombre, de portentosa actividad, no parecía conocer el límite. Ahora—sin abandonar sus ministerios—se hace cargo, por voluntad de Isabel II, del Real Monasterio de El Escorial. Era una vergüenza insufrible que aquella maravilla—símbolo no sólo de una España, sino de la eterna España—estuviera en trance de perderse. Veamos ahora su gestión, tal como nos la cuenta su biógrafo:

«No restaban al Monasterio más que una tercera parte de sus fincas, con cuyas rentas apenas podían remediarse las más urgentes atenciones de sus ruinas. Sin embargo, el P. Claret, después de repoblar el Monasterio con una comunidad de capellanes, con un coro de cantores, con un seminario y un colegio, y la conveniente servidumbre; después de procurarse todo el menaje escolar y doméstico que estas funciones requerían, como un gabinete de Física, que costó medio millón de pesetas, una biblioteca moderna de 6.546 volúmenes, ornamentos por valor de 6.000 duros, salones de estudio, de gimnasia y de recreo, dormitorios y clases, 10.000 árboles frutales y muchos otros de adorno; un palomar, con 15.000 nidos, y mil otras adquisiciones, cuya enumeración sería enfadosa; al cabo de un año, ponía a disposición de la Reina un remanente de 20.000 duros. Sin ninguna de estas obras, tenía antes que desembolsar anualmente la Soberana 6.000 para cubrir los gastos a que no alcanzaban las rentas.»

PERSEGUIDO E INFAMADO.—Y este hombre, que no vivió sino para quemar su alma, como un perfumado incienso, en el amor de Dios y del prójimo, fué vesánicamente odiado y perseguido. Es difícil hallar en toda la historia de la Iglesia santo alguno que pueda, en este aspecto, comparársele. Apenas se concibe que pudiera llegar a tan bajo nivel la vileza humana: sátiras de mal gusto, chistes soeces, irreverentes caricaturas, escritos y grabados pornográficos, aireados en artículos de periódicos, en coplas y cantares callejeros, en libelos injuriosos, en textos claretianos calumniosamente falsificados, en caricaturas insultantes y obscenas, en rumores profusamente difundidos. ¡Hasta las cajas de cerillas servían de vehículo indecente a caricaturas y chistes infamantes!

El odio se cebó en él hasta tal punto, que, desterrado en Francia, ni allí pudo encontrar algún sosiego. Anciano y enfermísimo, buscó refugio en la Abadía de Fontfroide. Los monjes le acogieron con caridad edificante. Pero hasta allí alcanzó la saña de sus enemigos. Moribundo y todo, los revolucionarios de Narbona, azuzados por los revolucionarios españoles, quisieron asaltar el Monasterio y arrancarle del lecho en que yacía...

Así murió en tierra extranjera, lejos de la madre Patria—tan amada de él—, confortado con el amor y la presencia de sus hijos y la hospitalidad exquisita de los monjes del Cister. Sobre su sepultura pusieron, como epitafio, justamente las conocidas palabras: «Muero en el destierro por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad.»

Hoy, mientras sus enemigos son polvo estéril y olvidado en el sepulcro, la gloria de Claret resplandece en el cielo y en la tierra. El día 7 de mayo próximo (D. m.), Su Santidad el Papa Pío XII proclamará ante el orbe entero la gloria definitiva de su CANONIZACIÓN.

CUANDO, en la mañana del 25 de febrero de 1934, las campanas de San Pedro, en Roma, repicaban la gloria y el gozo recién nacidos de la beatificación del P. Claret, Su Santidad Pío XI pronunciaba estas palabras: «Tenemos el nuevo Beato..., una figura verdaderamente grande..., apóstol infatigable..., y, además, organizador moderno... Gran precursor de la Acción Católica, casi como es hoy... Particularmente de la prensa... Había comprendido su inmenso valor. Para una maquinaria moderna, para el libro, para el periódico, pensaba ser pocos todos los sacrificios. Y, además, era un escritor muy fecundo... Es una cosa especial, acaso única; el amor a la gran difusión, a los opúsculos, a los folletos, a las hojas volantes...; quería que la prensa llegase a todo y a todos.»

TEJEDOR EN SALLENT.—Nace en Sallent (Barcelona), el año 1807. Nace en hogar humilde. Su padre posee un modesto telar. En él trabaja Antonio de muchacho y es hábil obrero. Es, sobre todo, ejemplar cristiano. Lo son sus padres, con aquella fe recia y aquella piedad ungida de las antiguas familias españolas. A los cinco años—cuenta su autobiografía—era para él una honda preocupación el problema de la eternidad. Esta palabra y su sentido le desvelaban congojosamente. Aquí tuvo principio su santidad y su celo apostólico: salvar el alma, salvar las almas.

A los veintidós años pensó en la Cartuja. Pero no había nacido él para el sosiego. Se le revela ahora su vocación sacerdotal. Quería ser sacerdote, pero andariego, apóstol caminante, misionero entre infieles. Luego, jesuita, para mejor lograrlo. Fué novicio en Roma. Por poco tiempo. La voluntad divina le marcaba otros rumbos.

Por derecho propio es llamado el P. Claret «Apóstol de Gran Canaria». También en aquella isla floreció el milagro. Por espacio de un año, la recorre toda sin dar paz al cuerpo ni al espíritu. Tal fué la siembra, que hasta ahora dura.

SACERDOTE Y MISIONERO.—En su España le quería Dios. Empezó siendo párroco cuando lo era el de Ars, San Juan Bautista Vianney. Empezó en Viladrau, haciendo maravillas. Pero llevaba demasiadas brasas en el pecho, y los pies se le movían como alas. Los caminos eran para él invencible incentivo. ¡Había tantas almas que salvar...! No hay en toda Cataluña senda que él no hollase en aquellos siete años de apóstol peregrino. Caminaba a pie, bajo el sol inclemente, e bajo la lluvia, azotado de cierzos, o entre celliscas, por campos nevados, con la humilde sotana y un grueso capote—viejo y limpio—para todo tiempo. En una mano, una pértiga daba seguridad a sus pasos, y en la otra, un amplio pañuelo anudado portaba pobremente sustento y ajuar. Luego, la predicación encendida y avasalladora, las iglesias abarrotadas, las conversiones sin cuento, los milagros, los pueblos corriendo tras él.

ACTIVO PROPAGANDISTA.—Por ahora hace el Beato Claret algunas fundaciones. Primeramente, la Librería Religiosa, en Barcelona. Quería inundar a España de libros y folletos. Para las almas sencillas y para las mentes cultivadas. Difundir la verdad de Dios en todos los estilos. Pongamos algunas cifras: el primer año edita 127.000 volúmenes. En los ocho meses siguientes, 200.000. Luego, cada año, no bajaba del medio millón. En los diecinueve años primeros alcanzó la cifra de 9.569.800 ejemplares. La mayor parte de ellos los distribuía él. Por supuesto, gratis. Era un enamorado de la propaganda. Cuando arzobispo y confesor de la Reina, dedicaba a ella anualmente, de su propio peculio, unas 50.000 pesetas.



MARIANA DE QUITO

LA AZUCENA CRIOLLA QUE ROMA VA A CANONIZAR

Por AUGUSTO ARIAS



En el Quito del siglo XVII —31 de octubre de 1618— nace Mariana de Jesús.

Por las veredas de Quito de hace tres siglos, que contrastaban su tono casi agreste con las primicias de la flor de piedra de sus fábricas religiosas, en este solar de virreyes y de oidores, de encomenderos y escribanos, transitaba Mariana de Jesús, en su breve viaje desde su casa, cobijada por el Arco de la Reina, hasta la iglesia jesuítica, en cuyas naves se tendían, con un realismo de fuego, los lienzos de Hernando de la Ribera.

Mariana no fué monja de celda clausurada. Se daba al cilicio, pero sabía sonreír en el concierto del mundo. Curó heridas físicas y remedió enfermedades espirituales. Su carne estaba rota por la disciplina, pero milagrosamente aparecía en su faz el color de la salud y del bienestar. Amasaba pan para los pobres y servía en la mesa de sus familiares. Sentíase así en una más dulce comunicación con los suyos y con los menesterosos. Las palabras de San Agustín cobraban en ella su fuerza.

En su pensamiento la seguridad lograda de lo que se ofrece a los otros, dejando en el que da una complacencia mayor que la de la posesión o el regalo.

Una vez quiso ser misionera, ir hacia el Oriente para regar fe en las almas broncas de los infieles, y en otra se sintió atraída por la soledad eremitaña para consagrarse al culto de la Virgen del Pichincha.

En esa época propicia al saber de clerecía y al cultivo de «la ciencia del alma» se atribuye, sin embargo, al decrecimiento de la fe, según el acento profético de los oradores de entonces, el flagelo de las epidemias y el largo bostezo del viejo Pichincha. En tal escena Mariana pone la nota de su claridad. Es la primera alfabetizadora. Su bondad comunicativa se distingue por un ingénito don de magisterio, y le acompañan, por el dulce imán de su palabra, sus sobrinas Juana y Sebastiana y las sirvientes de su casa en las procesiones que organiza para pasear la imagen de la Virgen de Loreto y para llevar a cuestras los maderos de cruz en una enamorada imitación de Cristo. Mariana enseñó el alfabeto y la doctrina cristiana, pero más la verdadera lección del amor al prójimo y del consuelo al desvalido.

La quiteña sabe además de la pulcritud de la letra. Es seguro que fuera una lectora constante. Escribiría algunas páginas que destruyó después, respetuosa de la palabra. Admiró a la doctora de Avila, y uno de los ejercicios más de su gusto fué el de seguir a Teresa, asida del cordón de la guía carmelitana, por las moradas de cristal del conocimiento y la santidad, en busca de la rosa perfecta a cuya vista ya no pudo expresarse más en lengua humana el divino terceto del Dante. Como ella, floreció en alegría rutila, mientras se dolía del pesar o de la negación de los otros. Como la Santa de la pluma valerosa y fina, desgarrada y subjetiva, pintoresca y devota, Mariana también quiso llamarse de Jesús; pero en la propia confesión, por humilde conciencia, rompió la pluma de gavilán del siglo antiguo, quebró el acento que le parecía sin color, dejó temblando en el aire su voz de piedad para los hombres, y su coloquio, sin palabra, con los ángeles.

Glosaba la guitarra para acompañarse en los cantos religiosos por ella misma compuestos, acaso romances a la Eucaristía y al Jesús niño, villancicos y oraciones que buscaban la rima del antifonario.

Se hacen por ella los extraordinarios perfiles del milagro. En la edad infantil se levanta del río de su hacienda de Granobles, a cuyas aguas cae, resbalando de una piedra, y como sólo ocurriera con Jesús, marcha sobre la corriente. Salva de la muerte a una india que la invoca fervorosamente. Las golondrinas esquivas acuden a picotear migas de pan en sus manos angélicas. Interviene en favor de los menesterosos. Cuando ha muerto, se desprende un suave aroma de su fétoro de virgen. Los poetas de la colonia dicen su elogio en verso latino y castellano y el quiteño José Murillo escribe su vida en «rima azucénica», al tiempo en que el padre Morán de Butron fija la fama de sus virtudes. El padre Alonso de Rojas acierta a definirla en una frase de versículo: «Largos siglos de santidad en breves años de vida.»

Pero no es menos eficaz el milagro de la persuasión cotidiana, el servicio suavizante, el agua de la caridad samaritana, el lienzo con el cual, nueva Verónica, copia, libre del sudor de sangre de la tierra, la faz del espíritu, que se liberta gracias a su ayuda.

No hay en Mariana de Jesús falsa humildad de tercas reclusiones ni se evade de la fiesta del mundo por temor o por disgusto. La operación del desposeimiento es en ella corriente, natural, de satisfacción como predestinada y fácil. En las noches de los viernes se ata, pendiente de la alta cruz que en un ángulo del patio familiar se platea con la fuga de los últimos luceros, para aprender a morir, pues nada merece y todo quisiera dar por sus hermanos. Despoja de adornos su aposento. Sólo el pequeño altar mira a su cama dura. Cadenas, disciplinas y cilicios se bañan de su tibia sangre. Con las tijeras de acero corta el pabito de la vela colonial que proyecta la sombra del ataúd que retiene la forma de su cuerpo yacente, envuelto en el sayal franciscano.

Tiempo de asolaciones y fieros males para repetir la imagen del clásico español aquel por el que atraviesa Mariana de Jesús. Decece la fe y se rompen las ramas de la esperanza. La caridad es un corazón vacío apunhalado por la soberbia. Y como en la víspera de todos los tiempos, al lado de la fatuidad de los nobles está el rencor de los plebeyos, y si puede esculpirse en piedra la sordera de los poderosos, no es raro que las lágrimas de los oprimidos se cristalicen en agujas de cólera. El Pichincha ha levantado de nuevo su cabeza y la ciudad de Quito se agita en una oblicua sacudida. Mariana eleva su alma a Dios desde su ángulo de oración de la iglesia de la Compañía. Y ofrece su vida a cambio de la salud de los quiteños. De la sangre de su penitencia ha nacido la azucena trifolia en el jardín de su casa. Quito será desde entonces la ciudad sin caída y el retablo guardará las cenizas salvadas de la Santa Mariana.

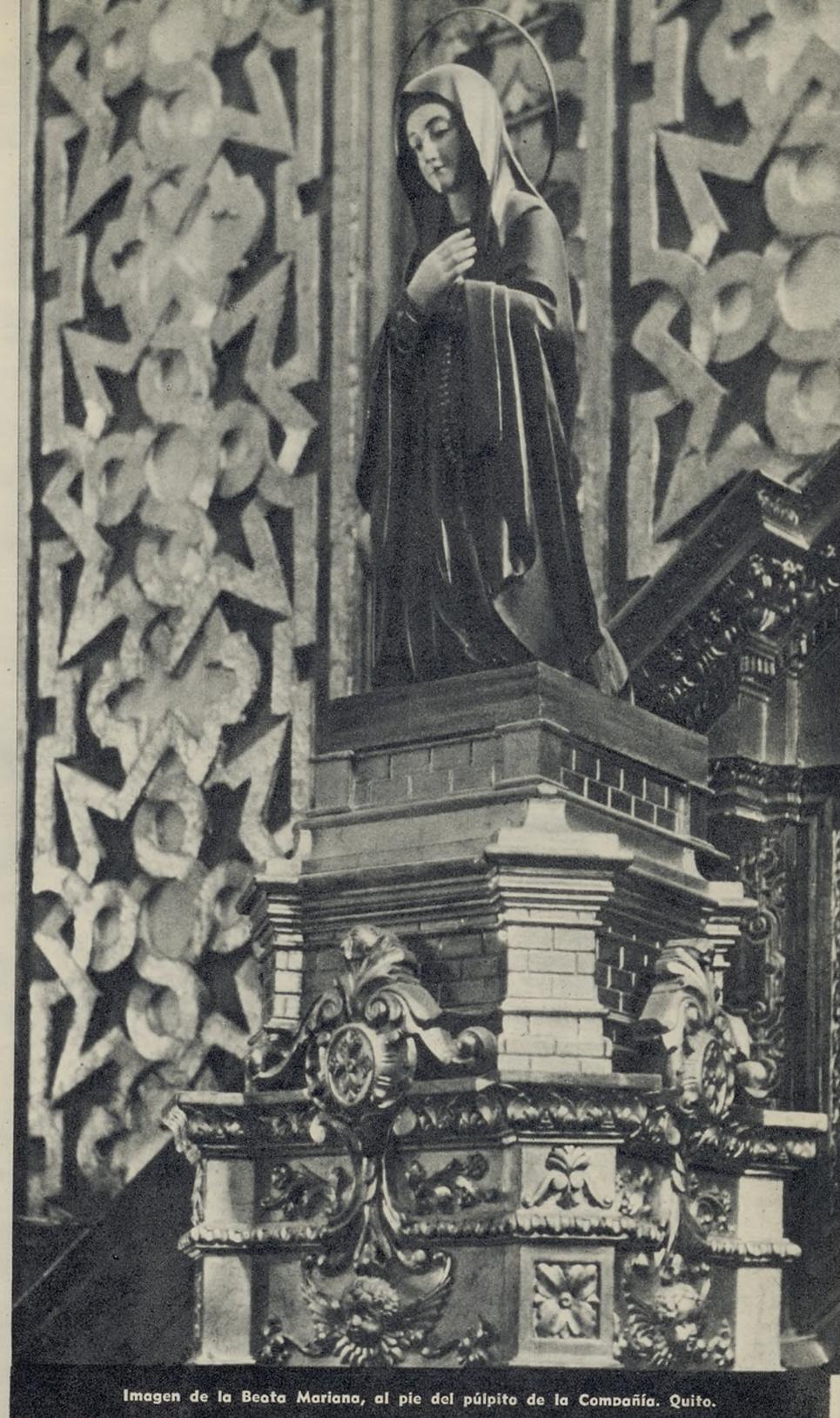


Imagen de la Beata Mariana, al pie del púlpito de la Compañía. Quito.

En la próxima Pascua, el Padre Santo, Pío XII, va a proclamar la canonización de la Beata Mariana de Jesús, santa doncella quiteña del siglo XVII, llamada la «Azucena de Quito», proclamada recientemente en su país, de manera oficial, «heroína nacional del Ecuador». La nueva santa, hija criolla del capitán toledano don Jerónimo de Paredes, fué una flor de Cristo en la América recién descubierta y cristianizada por España, mística azucena de Quito, que recuerda mucho a otra flor hispanica, Santa Rosa de Lima. Confinada en su casa solariega, entregada a los arrobos, la penitencia y la caridad, la «beata Marianita», como fué llamada durante su misma vida, atrajo desde el momento de su muerte la veneración de sus paisanos, que ven en ella la celestial protectora de Quito contra los terremotos, puesto que ofreció a Dios su vida por salvar a su ciudad. Carlos III, Rey de España y de las Indias, inició como regio protector la causa de beatificación de la virgen quiteña. Isabel II, Reina de España, tomó también bajo su patronato la causa, que llegó felizmente a la beatificación en el siglo pasado. Ultimamente, a petición de las Damas Ecuatorianas, el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, ha auspiciado también la canonización de la gloriosa bienaventurada de nuestra estirpe, hija de España y orgullo del Ecuador. El día ya próximo de la glorificación de la «Azucena de Quito» Mariana de Jesús va a ser día de júbilo para su patria ecuatoriana, pero también para la Madre España y para todos los pueblos de la Hispanidad.



A la izquierda: La casa solariega de la Beata Mariana, dentro del Carmen Alto de Quito.—A la derecha: Jardín de la Beata, en el claustro del citado Carmen Alto.



Su Santidad el Papa ora ante la imagen de la Beata López y Vicuña, en la Basílica de San Pedro, el mismo día de la beatificación.

MADRE TORRES-ACOSTA



EN la plaza madrileña de Chamberí tienen en la actualidad su Casa Madre las Religiosas Siervas de María. Madrileña ha sido la fundadora de esta piadosa Institución y en el corazón del castizo barrio de Chamberí nació la Congregación para dedicarse a una de las más difíciles y piadosas misiones humanas, como es la asistencia a enfermos en los propios domicilios.

Es el día de la Asunción de Nuestra Señora (15 de agosto de 1851) cuando el virtuoso párroco de Chamberí, un joven sacerdote aragonés, don Miguel Martínez Sanz, tuvo la feliz idea y celeste inspiración de fundar la Institución de las Siervas de María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud, que sería invocada como Madre y Patrona de la nueva Congregación con el título inefable de «Salus infirmorum».

Siete jóvenes aspirantes, en memoria de los siete Dolores de la Madre de Dios, son las que se congregan inicialmente en torno al benemérito sacerdote de Chamberí. Pero entre ellas está Bibiana Antonia Manuela Torres Acosta, que no es aún más que una joven fervorosa y llena de anhelos de santidad, pero que por ella iba a cumplirse en la naciente Congregación la parábola evangélica del «grano de mostaza que un hombre sembró en su campo». Entre aquellas siete primeras Siervas de María está ya la «mujer fuerte» que iba a convertir la semilla sembrada por el párroco de Chamberí en «árbol frondoso en cuyas ramas vendrían a posarse las aves del cielo». Entre aquellas siete mocitas madrileñas, dispuestas a sacrificar su juventud y ofrecer su vida a Dios por el alivio de los que sufren, está la que al recibir el hábito toma el nombre de Madre Soledad, con el que realizará toda su obra y ahora acaba de subir a los altares.

Sólo cuatro años después de aquella primera fundación, y con motivo de ausentarse de Madrid el párroco de Chamberí, a quien su vocación y celo apostólico lleva al Golfo de Guinea, recibirá la Madre Soledad Torres Acosta, con sus buenos treinta años, el difícil cargo de dirigir aquella naciente Congregación.

Y ahora, en este Año Santo de 1950, en que ha sido solemnemente beatificada la Madre Soledad Torres Acosta, la capital de España se siente orgullosa de contar entre sus hijos a esta sierva de Dios, delicada y humilde criatura, que alcanzó casi en nuestros días excelsa santificación por haber consagrado su vida heroica a cumplir una de las más bellas obras de misericordia: la de curar y asistir a enfermos.

La Madre Torres Acosta había nacido en el número 3 de una calle tan cas-

tiza como la de la Flor Baja, el 2 de diciembre de 1826. Cortada la calle años después por la apertura de la Gran Vía, la casa en que naciera la fundadora quedó en pie y existió hasta que, hace unos cuantos años, fué derribada para construir el bloque de nuevos edificios en que hoy se encuentra el hotel Emperor.

Pronto la Institución gobernada por la Madre Soledad empezó a prosperar, gracias a sus desvelos, que el cielo empezaba a bendecir. Pese a su escasa salud, la fundadora se ocupa de los cargos más difíciles. Al mismo tiempo que cuida personalmente de los enfermos, adiestra a las novicias para cumplir su difícil misión y funda nuevas casas en distintas ciudades de España.

En el año 1874 van a Ultramar las primeras Siervas de María. Un año después se funda la primera casa en Santiago de Cuba, a la que siguen otras en distintas capitales de la isla y en otros diversos países.

La nueva Congregación fué aprobada por tres Papas. Primero, por Pío IX, que le dio los decretos de Alabanza en 1867 y de aprobación del Instituto. Después, Su Santidad León XIII aprobó definitivamente las Constituciones. El Sumo Pontífice Pío X la enriqueció con muchos privilegios, indulgencias y jubileos. El 13 de abril de 1913 la Sagrada Congregación de Religiosos aprobó la ampliación de las dichas Constituciones y, por último, en diciembre de 1921, la misma Sagrada Congregación los adaptó al Derecho Canónico.

En la actualidad el Instituto de las Siervas de María se compone de cien casas, una residencia para la tercera Aprobación, cinco noviciados y cuatro escuelas apostólicas, además de una escuela de enfermeras. Está dividido el Instituto en casa general en Roma y casa madre en Madrid. Las demás casas están repartidas en la provincia de Madrid, provincia de Andalucía, provincias de Castilla y de Cataluña. Tiene asimismo casas en París, Marsella, Biarritz, San Juan de Luz. También tiene varias en Inglaterra y las tiene en Estados Unidos, las Antillas, Argentina y otros países.

Tal es la enorme difusión que alcanzó la fundación de la Madre Torres Acosta, a pesar de que ella moría en Madrid el 11 de octubre de 1887, es decir, a los cincuenta y un años. Pero la familia espiritual por ella fundada en Chamberí continúa su obra de apostolado para bien de la cristiandad.

La reciente beatificación en Roma de la Madre fundadora de las Siervas de María llenará de gozo a sus hijos, esparcidos por tan diversos países, y les comunicará nuevos impulsos espirituales para continuar con fe y abnegación tan piadoso apostolado.



PRIMERA fecha.—22 de marzo de 1847. Un suceso, en apariencia, corriente: acaba de nacer una niña, hija del abogado don José María López y Sanz y de doña Nicolasa de Vicuña, dama con escudo heráldico en su palacio solariego de Estella.

Pero aquella niña, de ojos azules, blanco color y cabello dorado, había sido elegida por Dios para llevar a cabo una obra excepcional, tanto en virtud como en heroísmo, piedad y amor al prójimo.

Pusiéronle de nombre Vicenta María Deogratias Bienvenida. A los dieciocho meses, un día que su niñera la llevó a la iglesia del pueblo, se desprendió de sus brazos para caer de rodillas ante uno de los altares, impulso secreto y acto revelador de su destino.

Crece bonita y revoltosa, muy charlatana y lista, y aprende rápidamente a escribir y leer. Vicentita, cuando tiene seis años, sabe ya la Historia Sagrada y el Catecismo.

A los once años es enviada a Madrid para completar su educación. Los tíos de la pequeña navarra—el gentilhombre de Su Majestad don Manuel de Riega, y su esposa, doña Eulalia de Vicuña—serán sus segundos padres. La tía Eulalia tiene carácter decidido y enérgico y se ocupa muy principalmente en asuntos de caridad. A su lado, Vicentita se va formando en la disciplina, la piedad y la vocación.

La tía Eulalia visita pobres, enfermos y presos, para llevarles limosnas, consuelos y palabras evangélicas, acompañada siempre de la sobriñita, que ya, por su parte, había creado en Carabanchel la Cofradía del Rosario entre las niñas del suburbio, organizando comuniones generales y fiestas religiosas.

La obra predilecta de doña Eulalia es «La Casita». Un hogar sostenido por ella, donde recoge sirvientas sin colocación, enfermas o convalecientes, sin familia ni apoyos en Madrid, mientras se razonan y encuentran nuevo empleo. Muchachas jóvenes, acechadas por los mil peligros de la gran ciudad, que hallan en «La Casita» un honesto refugio. La niña Vicenta se aficiona con apasionamiento y vehemencia en la obra de su tía.

Segunda fecha.—11 de junio de 1876. Viuda doña Eulalia y de veintiocho años su sobriña, ésta realiza su primera fundación. Haciendo un solo piso de la vivienda familiar y «La Casita», nace el primer hogar religioso de las Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico. Las Constituciones de la nueva Orden fueron escritas por la fundadora inspirándose en las de la Compañía de Jesús.

Hasta este momento, la Madre Vicenta María tuvo que pasar un larca y

MADRE LÓPEZ Y VICUÑA

penoso calvario. A los diecinueve años había consagrado su virginidad a Dios. Había vencido, antes y después, vanidades, acechanzas del mundo, obstáculos humanos y dudas divinas. Y había mantenido una esforzada y dramática lucha con su padre, opuesto con asperación y arrogancia vehemencia a la llamada vocacional de su hija, ilusionado con verla casada y sentirse rodeado de nietecitos.

Pero Vicenta María venció en todo. Lleva ya su hábito, diseñado por ella misma para sí y para sus Hijas, y la naciente Orden recibe la sanción aprobatoria de S. S. León XIII, en 1888.

La Congregación prospera contra vientos y mareas, contra graves problemas económicos y poderosos inconvenientes de toda índole. La Madre Vicenta, impulsada por una fuerza sobrenatural, da cima a las Fundaciones de Zaragoza, de Sevilla, de Barcelona, de Burgos...

En sus andanzas, trabajos y sacrificios, adquiere una enfermedad penosa y mortal. Y el 26 de diciembre de 1890, a los cuarenta y tres años, entregó a Dios su alma pura en aroma de santidad. El cuerpo de la madre se conservó incorrupto e inasequible a los estragos de la descomposición de la materia.

Tercera fecha.—19 de febrero de 1950. Ascende a los altares la Beata Madre Vicenta María López y Vicuña. Aun no se ha cumplido un siglo desde que nació, para la geografía de la religión católica, un nuevo mundo de caridad y amor al prójimo, cuyos primeros balbuceos se inauguraron en una casita madrileña de la calle de Cañizares. Pero la Obra de la Madre ha proliferado ya en gigantescos frutos. Treinta y tres casas en España, dos en Francia, dos en Inglaterra, tres en Italia, una en África y quince en América. En todas ellas, con un promedio constante de veinte mil muchachas recogidas, las chicas de servir encuentran hogar, protección y cariño en sus enfermedades, convalecencia y vicisitudes de trabajo.

Y allí, además, se les instruye en las labores de su oficio con clases de cocina, costura, lavado, planchado y puericultura; reciben educación religiosa y se preparan, en fin, para ser buenas obreras del hogar, esposas y madres si llega el caso; incluso tomar un hábito cuando la vocación lo decide.

Los «ojos color de cielo» de la Madre Vicenta vigilan su grandiosa obra desde la gloria del Señor. Navarra y España tienen una nueva santa.





De la fachada de la Basílica de San Pedro cuelga el tapiz que anuncia la beatificación de la Madre Torres Acosta.

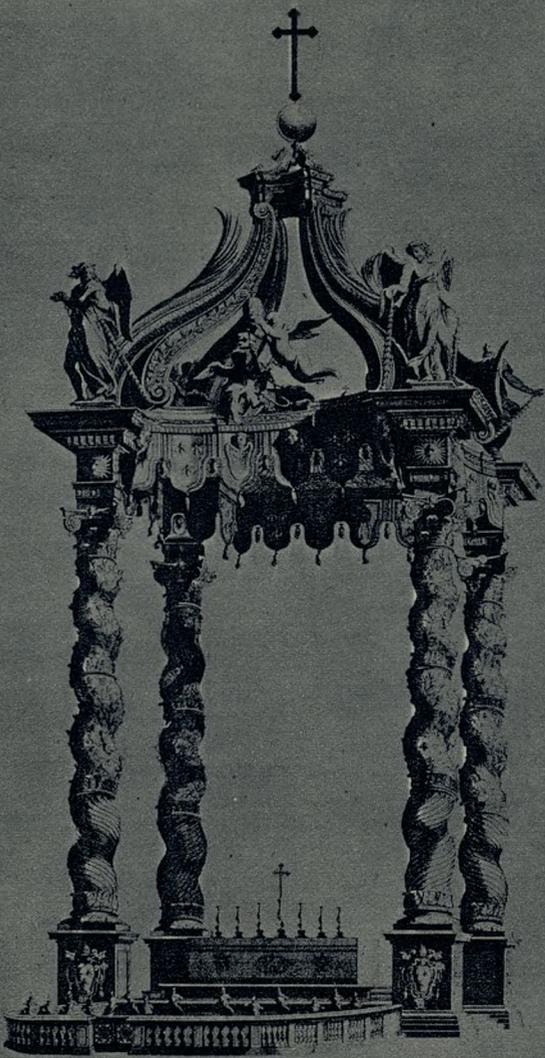


DE LA VIRGEN DEL ROSARIO, DE MURILLO, EXISTE UNA REPLICA —LLAMADA «MADONNA GITANA»—, OBRA TAMBIEN DEL CITADO PINTOR ESPAÑOL, EN LA GALERIA CORSINI, DE ROMA.



A "Mundo Hispánico" con mis mejores votos por su labor cultural.

J.B. Montini



Domenico Fardina

14 Marzo 1950